

CONTRAFÁBULA

Rodrigo Soto

Es probable que todas las sociedades requieran de “mitos” –es decir, conjuntos de relatos y creencias– más o menos estructurados para existir. Estos “mitos” dan cohesión imaginaria a grupos humanos esencialmente diversos y facilitan su convivencia. Al menos esto es lo que argumentan hoy numerosos estudiosos de la sociología, la historia y la filosofía.

Muchos de estos “mitos” dan fundamento, ante todo, a la convivencia dentro de un país. Este podría ser el caso de la Costa Rica “blanca”, “igualitaria”, “pacífica” y “democrática”. Otros mitos –insisto, en este sentido lato en el que utilizamos aquí el término– trascienden el ámbito de una nación e irradian más allá de ella. Para ser más precisos, habría que puntualizar que, en virtud del poder político y mediático de las naciones donde su originan, algunos de estos “mitos” desbordan sus fronteras de origen y alcanzan porciones mucho más amplias del planeta, conquistando mentalidades y corazones y movilizándolo a aquellos que sucumben a su influjo a actuar de determinadas maneras.

Por los motivos arriba señalados, algunos “mitos” fundantes de la sociedad norteamericana han alcanzado, a no dudarlo, difusión planetaria. Tal es el caso del “self-made-man”, un mito con “happy end” como casi todos los que adoran los estadounidenses. La versión femenina del “mito” del self made man es aquél que encarnara tan trágica y maravillosamente Marilyn Monroe, pero que Madonna, por ejemplo, encarna también a la perfección sin los requiebres trágicos de la primera.

Estos “mitos” comparten con las antiguas fábulas sus propósitos ejemplarizantes, es decir, que pretenden aleccionarnos y señalarnos un camino para la acción. Además, no están formulados unívocamente –no existe una versión única u oficial de ellos, sino más bien que se reeditan o actualizan incesantemente, manteniéndose de esa forma vivos en la imaginación de la gente. Por tanto, si uno desea conocer el “mito” del self-made-man, puede dirigirse tanto a la historia de Henry Ford como a la de Bill Gates. Cada una de ellas proveerá una versión particular del “mito” en cuestión.

“Mi reino por una flor” puede leerse, en primera instancia, como una “contrafábula” del mito de Marilyn Monroe. Cuando digo “contrafábula” quiero decir: como una crítica, como una contestación –a veces paródica, a veces corrosiva, pero al mismo tiempo ejemplarizante y aleccionadora– del mito de la muchacha de pueblo ansiosa del estrellato y la fama.

Quisiera insistir en este doble carácter que vengo de señalar. De un lado, “Mi reino por una flor” nos ofrece una contestación paródica, corrosiva y al mismo tiempo profundamente compasiva, del “mito” de Marilyn Monroe, pero del otro nos propone también una fábula ejemplarizante y aleccionadora, una “contrafábula”, si cabe la expresión.

¿Cuál sería entonces el contenido de esta fábula que “Mi reino por una flor” propone en lugar del “mito” de Marilyn Monroe? El contenido de esta fábula no sería otro que el de la máxima socrática “conócete a ti mismo”, que el autor despliega aquí como una especie de camino hacia el autoconocimiento, un tránsito que, en términos narrativos, se

materializa en el encuentro de la protagonista con otros personajes, así como también en la adquisición de algunos objetos y símbolos que encuentra en su trayectoria vital.

En el singular prólogo de la obra, el autor expresa sus pretensiones con esta obra de la siguiente manera: “¿Qué ocurre cuando uno quiere ser alguien distinto de lo que verdaderamente es, sin antes haber conocido lo que representa su verdadero ser?”

De esta pregunta quisiera destacar dos aspectos. En primer lugar, el autor afirma de entrada, tácitamente, que es posible llegar a conocer lo que “representa el verdadero ser” de uno. Esta es una afirmación, cuando menos, controvertible. ¿Quién puede decir lo que es o lo que representa el ser verdadero? ¿Cómo podemos estar seguros de que eso que consideramos el “verdadero ser” no es sino otra ilusión, otra máscara?

Es probable que esto solo sea posible de dos formas: o bien por la experiencia directa o bien por la fe. En otras palabras, la experiencia del conocimiento del Ser en uno mismo –la experiencia del autoconocimiento en el sentido más profundo y estricto- no es reducible al lenguaje ni transmisible en la literatura, como bien nos enseña el budismo Zen. En la literatura –sea del orden que sea- tan solo podemos dejar el testimonio de nuestra experiencia o bien el testimonio de nuestra fe. Pero ni una ni otra transmiten ni son capaces de producir en otros la experiencia del Ser que hemos vivido.

Digo todo esto para señalar el carácter “doctrinario” que, como cualquier otra fábula, posee también “Mi reino por una flor”. La historia que el autor nos propone postula un camino desde el Error –así, con mayúsculas- hacia la Verdad –también con mayúsculas-. Desde el punto de vista literario, la obra puede considerarse un relato “ideológico” o “de

ideas”. El autor quiere demostrarnos algo, convencernos de algo que para él es sumamente valioso y, si se quiere, esencial.

Sería fácil, por ello, emparentar esta obra con otras expresiones literarias –bastante en boga últimamente- que de la misma forma nos proponen historias edificantes, a menudo (como en este caso) en clave alegórica, sobre la importancia del autoconocimiento y las formas de acceder a él. Tengo en mente, por ejemplo, al autor brasileño Paulo Coello. Aunque posible, esta relación quizás ocultaría la singularidad del libro que hoy comentamos. Y desconociendo, como desconozco, la obra del brasileño, prefiero no aventurar ese camino.

En cualquier caso, este carácter “doctrinario” del libro es al mismo tiempo una riqueza y una limitación. Como escritor defiendo –he defendido siempre- que la literatura es o puede ser un camino hacia el conocimiento más profundo del ser humano. Los grandes escritores y las grandes escritoras no supeditan su creación a un conjunto de ideas previas sobre el ser, sino que indagan en el alma de sus personajes –en su propia alma- tan profundo como pueden. Las grandes obras de la literatura, creo yo, no pretenden demostrarnos algo ni aleccionarnos sobre algo, sino tan solo mostrarnos tan vívida y profundamente como sea posible el alma y las contradicciones de unos seres particulares. Esa mostración es ya un acto de conocimiento que induce al autoconocimiento de los lectores. Pero no hay ahí colofón ni moraleja ni doctrina ni enseñanza que el autor quiera imponernos, sino tan solo mostración, des-velación del ser humano.

Así por ejemplo, es sabido que con “Crimen y Castigo”, Dostoievski se proponía escribir una novela sobre el alcoholismo, pero terminó escribiendo uno de los más

profundos e inquietantes estudios sobre la culpa, o bien podemos evocar aquí a “Madame Bovary”, en donde a partir de las fantasías e infidelidades de la esposa de un médico de pueblo, Flaubert desvela profundas sutilezas y contradicciones del corazón humano y de una época en particular.

El problema con las literaturas de ideas es que al final uno puede estar de acuerdo o en desacuerdo con las ideas del autor, mientras que nadie puede estar en desacuerdo con la vida que algunos escritores y escritoras alcanzar a mostrarnos. Uno puede comulgar con esa experiencia o no hacerlo, puede estar de acuerdo o no con la conducta de los personajes, pero en sentido estricto no es posible estar en desacuerdo con lo que ahí se muestra, precisamente porque no se trata de una idea que el autor quiere exponer sino tan solo de una exposición de la vida misma. Como bien dice el japonés Kenzaburo Oé: “La segunda tarea más importante de la literatura es construir mitos. Pero la primera, y más importante, es destruirlos.”

Personalmente adhiero esta idea de la literatura.

Vuelvo a la pregunta que nos lanza el autor no más iniciando su prólogo: “¿Qué ocurre cuando uno quiere ser alguien distinto de lo que verdaderamente es, sin antes haber conocido lo que representa su verdadero ser?”

Como se ve, no hay aquí ninguna alusión particular al “mito” de Marylin Monroe ni a nada que se le parezca. Ello se debe a que el contenido del “mito” que cada uno de nosotros adhiere es en definitiva irrelevante, lo único importante es que todos partimos del Error y todos podemos realizar ese tránsito hacia la Verdad o el Conocimiento. Todos somos Marylin Monroe o Anabelle Bee; todos somos prisioneros o esclavos de nuestras

ilusiones y de nuestras fantasías, y todos corremos tras estos espejismos, dándonos de bruces una y otra vez contra la dura Realidad. Y, desde luego, todos tenemos la oportunidad de emprender el camino del Conocimiento.

No podría estar más de acuerdo con el autor. Mi única reserva, como queda dicho, nace de la duda sobre el papel que la literatura puede cumplir o está llamada a cumplir con miras a este propósito. Personalmente –insisto– creo que el mejor servicio que puede brindar la literatura a esta y a todas las causas que abogan por la expansión de la conciencia y la humanización del ser humano, consiste en profundizar en las contradicciones y desgarramientos del alma humana y presentarlas de la manera más fiel posible a los lectores, para que ellos, es decir, nosotros, revivamos esas contradicciones en nuestro propio ser, podamos examinarnos y sacar de ahí las conclusiones atinentes. Mostrar más que demostrar. De este examen realizado en el propio ser, más que de las ideas que el autor pueda transmitirnos, obtendremos la enseñanza que nos ayudará a encontrar nuestro camino.